

Región Sur

La rebelión de las y los estudiantes secundarios en Chile. Protesta social y política en una sociedad neoliberal triunfante¹

Juan Carlos Gómez Leyton*

* *Doctor
en Ciencia Política.
Director
del Doctorado
en Procesos Sociales
y Políticos
en América Latina
de la Universidad
ARCIS, Santiago de Chile.
Miembro
del Grupo de Trabajo
Historia Reciente
de CLACSO.*

*Para mi hijo Pablo Salvador,
uno de los "pingüinos" rebeldes,
con la esperanza de que ellos sí
abrirán las grandes alamedas*

Introducción

A semanas del primer Mensaje Presidencial de la presidenta Michelle Bachelet, las calles y avenidas de las principales ciudades chilenas fueron ocupadas por varias centenas de jóvenes estudiantes secundarios que exigían el cumplimiento de los acuerdos establecidos entre sus organizaciones y el gobierno de Ricardo Lagos. En función de ello marcharon exigiendo la atención de las autoridades y el cumplimiento de dichos acuerdos. Lanzando piedras y decenas de bombas molotov (las armas del pueblo), se defendieron de la represión policial y de los medios de comunicación que los estigmatizaron como "violentistas", "vándalos", "desalmados" y "delincuentes". Muchos de ellos ocultaron sus rostros, se encapucharon, como los zapatistas, para ser vistos y oídos.

En el mensaje la presidenta ignoró sus demandas. No obstante, les llamó la atención por ocultar sus rostros y lanzar piedras. Su actitud fue una provocación política. La estrategia establecida por el gobierno concertacionista, así como la actitud de la presidenta, crearon la estructura de oportunidades para que el movimiento estudiantil desarrollara la primera gran protesta política y social desde los años ochenta y, al mismo tiempo, la más masiva de todas las manifestaciones sociales acontecidas en 16 años de democracia neoliberal.

La acción colectiva inicial, destinada a demandar el cumplimiento de acuerdos establecidos con el gobierno de Ricardo Lagos, se transformó así en una rebelión de la “sociedad civil juvenil” en contra de los mecanismos de mercado que manejan el sistema educativo nacional, y en un serio cuestionamiento a la forma en que el Estado y, sobre todo, los gobiernos concertacionistas han actuado en las últimas décadas en materia educativa. La demanda por la derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE) puso por primera vez en discusión uno de los pilares centrales de la sociedad neoliberal chilena.

Durante tres semanas, la democracia neoliberal fue remecida por la “rebelión estudiantil”: se “tomaron” y “ocuparon” colegios, liceos y escuelas; miles de niños, niñas y jóvenes de entre 10 y 17 años marcharon por las calles, saltaron, gritaron, bailaron, cantaron, jugaron, pelearon, amaron y, principalmente, exigieron y demandaron una respuesta efectiva y eficiente de parte de las autoridades gubernamentales. Estas últimas, sorprendidas y sobrepasadas, tuvieron que abandonar la indiferencia y la soberbia, y atenderlos como ciudadanos responsables de sus actos y dichos. Los medios de comunicación, especialmente la televisión, descubrieron que los jóvenes “la llevaban” y que no eran delincuentes ni vándalos, sino estudiantes serios, responsables, compenetrados y conscientes de los problemas que afectan a la educación chilena. La sociedad civil adulta, padres, apoderados y profesores los apoyaron y respaldaron sus iniciativas y sus demandas. Los partidos políticos y la clase política —parlamentarios, burócratas y dirigentes de partidos políticos—, además de los poderes fácticos tradicionales —civiles (empresarios), eclesiásticos e incluso militares—, rápidamente intervinieron en el conflicto.

El tema de la educación ha sido siempre un tema muy delicado e intensamente disputado en Chile. Por eso resultaba altamente peligroso que quedara en manos de los sujetos y actores directamente involucrados en ella, es decir, los estudiantes y profesores. Había que intervenirlos, y así se hizo: la presidenta conformó un multitudinario y relativamente pluralista Consejo para tratar la demanda instalada por los secundarios: reformar el sistema educativo nacional.

La masiva movilización secundaria no se inscribe en las luchas sociales y políticas estudiantiles contra la dictadura de los años ochenta, ni es parte de las movilizaciones que gatillan la memoria histórica de los últimos treinta años, sino que es la expresión de la

nueva conflictividad política y social que atraviesa transversalmente a las sociedades neoliberales, entre la sociedad civil, el mercado y el Estado. Por esta razón, la “rebelión de los pingüinos” debe ser considerada como un nuevo tipo de “movimiento social”, el primero que experimenta una sociedad neoliberal triunfante.

El presente artículo analiza dicho movimiento social. En la primera parte describo brevemente lo que entiendo por una sociedad neoliberal triunfante, en la segunda expongo la situación del sistema educativo en una sociedad de este tipo y, en tercer lugar, realizo un análisis político de la “rebelión de los estudiantes”, exponiendo sus aspectos más relevantes.

Chile, una sociedad neoliberal

En aquellas sociedades donde las reestructuraciones capitalistas que impusieron el modelo de acumulación neoliberal fueron intensas, profundas y de larga duración, ellas configuraron un nuevo tipo de sociedad: la neoliberal. Estas sociedades se caracterizan por estar mercantilizadas, despolitizadas y divididas, y por ser conservadoras y profundamente desiguales, individualistas y mediáticas.

El principio central que configura el orden societal está dado por la “ley de la oferta y la demanda”, o sea, por la lógica mercantil. Los ciudadanos y ciudadanas no habitan ni conviven en la polis, el espacio propio de la política, sino en el mercado: son ciudadanos consumidores, clientes, “ciudadanos credicard”. Su espacio de realización individual es el consumo, y el crédito es el mecanismo de integración a la sociedad mercantil.

La política, principal mecanismo de integración e incorporación en las sociedades modernas de tipo industrial, no tiene ningún valor ni significación para las ciudadanías neoliberales. Su rechazo de la actividad política es total y completo. Su opción política preferida es la no participación. En Chile, los índices de abstención política electoral, por ejemplo, se aproximan desde 1997 al 50% de la población con derecho a voto. El 50% restante, por su parte, se inclina mayoritariamente por las opciones políticas “conformes” con el sistema dominante, ya sea la neoliberal de centroderecha² o la neoliberal de centroizquierda³, que ha gobernado la sociedad neoliberal chilena desde 1990⁴. Si bien entre ambas opciones políticas existen diferentes sensibilidades culturales, valóricas, ideológicas y políticas de no poca importancia, ambas concuerdan en la conservación y reproducción en el tiempo de la primera sociedad neoliberal avanzada de América Latina.

La estrategia política de la Concertación, a lo largo de sus 16 años de gobierno, ha estado orientada por el “cambio político y social mínimo” y la ampliación y profundización del capitalismo neoliberal en todas las esferas de la sociedad. La administración con-

certacionista ha gobernado más al mercado que a la sociedad, acentuando con ello la pésima distribución del ingreso, y llevando a la sociedad chilena a convertirse en la segunda sociedad más desigual –detrás de Brasil– del continente latinoamericano. Sin embargo, paradójicamente, no se trata de una sociedad marcada por la exclusión. En efecto, la gran mayoría de la población está incluida e integrada fragmentadamente en el mercado. Ello explica, por ejemplo, que las “dueñas de casa” populares pertenecientes a los quintiles más pobres D y E, sin ingresos estables ni propios, ni alcanzados por medio del trabajo remunerado, obtengan “tarjetas de crédito” para comprar en los “supermercados” o grandes multitiendas. De esa forma, los sectores sociales con menores ingresos tienen asegurada su participación en el mercado de bienes de consumo, en especial en lo que respecta a alimentos, vestuario, electrodomésticos, etc. Obviamente, los productos ofrecidos en los distintos nichos de mercados difieren en calidad, pero la red mercantil atrapa a todos, nadie esté fuera de ella. No hay exclusión social, sino integración mercantil diferenciada.

Esta integración diferenciada por fragmentos socioeconómicos en la estratificación social ha reforzado las tendencias al individualismo y a la búsqueda frenética de la “diferencia” entre los que ocupan una misma posición mercantil. La competitividad por el éxito individual ha quebrado toda capacidad solidaria entre los ciudadanos, reforzando la tendencia a la privatización de la vida cotidiana o al encierro (gueto) entre los que son o se sienten iguales. Una sociedad neoliberal triunfante o avanzada como la chilena es, en definitiva, una sociedad que ha vivido una exitosa “revolución neoliberal modernizadora” de tipo estadounidense. Tenemos actualmente “un nuevo Chile, un Chile moderno”. Aunque su origen está en el régimen militar, en la actualidad la propiedad de esta revolución ha sido socializada y ya no tiene color político ni ideológico. En los hechos, ella ha sido perfeccionada, profundizada y gestionada por los gobernantes concertacionistas. No obstante, esta moderna sociedad neoliberal de tipo estadou-

“La estrategia política de la Concertación, a lo largo de sus 16 años de gobierno, ha estado orientada por el ‘cambio político y social mínimo’ y la ampliación y profundización del capitalismo neoliberal en todas las esferas de la sociedad”

chilense posee múltiples problemas sociales, económicos, políticos y culturales. Uno de ellos es la calidad de la educación.

El sistema educativo neoliberal

Para comprender política y socialmente la movilización de los estudiantes secundarios chilenos, debemos exponer las principales transformaciones que afectaron al sistema educativo nacional como consecuencia de la reestructuración capitalista implementada por el régimen militar. Durante la vigencia de la forma estatal intervencionista, la educación pública fue una de las prioridades centrales de los gobiernos nacional-desarrollista (1938-1964), reformista (1964-1970) y revolucionario (1970-1973). El slogan levantado por el gobierno del Frente Popular en 1938, "Gobernar es educar", fue un principio que moldeó la política educativa nacional durante medio siglo. El Estado docente extendió su poder infraestructural por todos los meandros y recovecos de la sociedad chilena. La educación pública se transformó en el principal mecanismo de movilidad social al interior de la rígida estructura social. La educación básica, media y universitaria, con distintos ritmos, grados, dimensiones y extensiones, alcanzó en medio siglo importantes avances en la cobertura y, sobre todo, en la calidad de la enseñanza y preparación de los estudiantes. El sistema educativo nacional, implementado y administrado por el Estado, tenía un alto prestigio a nivel internacional. En la concepción predominante en el Chile anterior a 1973, la educación era un derecho, y la función del Estado era proveerla de manera eficiente y gratuita.

Con el golpe de estado de las Fuerzas Armadas chilenas, el capital nacional y extranjero recuperó en septiembre de 1973 el control del Estado, e inició la reestructuración del capitalismo con el objetivo de reinstalar su dominación y construir una nueva hegemonía cultural, política y social. Uno de los objetivos centrales de dicho proceso fue modificar completamente el sistema educativo nacional y, especialmente, terminar con la función docente del Estado. En los años ochenta se inició el proceso de privatización, mercantilización y municipalización de la educación pública en sus tres niveles: universitaria, secundaria y básica.

Este proceso dio lugar a un amplio desarrollo del denominado "capitalismo académico o educativo". La educación se transformó en un rentable y lucrativo negocio para el capital privado. El Estado se desprendió de la enseñanza básica y secundaria, entregando su administración a los municipios, al tiempo que impulsaba la intervención del capital a través del sistema de educación particular subvencionada. Emerge, así, un nuevo tipo de empresario capitalista en el país: el sostenedor educativo. El Estado dejó de preocuparse por el proceso educativo, asumiendo sólo la función subsidiaria, financiando el sistema a través de la

subvención escolar. A esto hay que sumarle el hecho de que a mediados de los años noventa los gobiernos concertacionistas establecieron la “subvención compartida”, que establecía que los colegios y liceos particulares subvencionados podían cobrar una suma adicional a los padres y apoderados por “educar” a sus hijos e hijas en dichos establecimientos. Esta medida fue adoptada con el objetivo de mejorar la calidad de la educación.

El sistema educativo nacional quedó así enteramente sometido a la lógica mercantil y del “capitalismo educativo”, legalmente sellado por la Ley N° 18.982 Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), dictada en marzo de 1990, un día antes de que terminara la dictadura militar. Esta ley enfatizó el concepto de “libertad de enseñanza”, estableciendo el derecho a crear instituciones educativas sin más restricciones que la de no atender contra la moral y las buenas costumbres, así como la facultad de las personas de elegir la institución educacional de su preferencia. La LOCE fue blindada a través de quórums constitucionales calificados para que no fuera reformada por el gobierno concertacionista que asumía el poder en marzo de 1990. Protegido constitucionalmente, el capitalismo educativo se ha mantenido vigente durante los últimos 16 años de régimen democrático neoliberal.

A este último poco le interesó la “calidad de la educación”, la cual cayó a sus más bajos índices. Sin embargo, la cobertura aumentó significativamente. Pero la educación se transformó en un gran simulacro en que los profesores hacen como si enseñaran y los estudiantes como si aprendieran. Los sectores más afectados por este simulacro educativo han sido los sectores medios y populares, especialmente los que se educan en colegios municipales y en los particulares subvencionados.

En realidad, en la sociedad chilena todos pueden *asistir* a la escuela, al liceo, pero ello no significa que todos se *eduquen*. Muchos de los que asisten a la escuela y al liceo no ingresan a la enseñanza superior privada porque no pueden pagarla; tampoco pueden ingresar a la pública utilizando los mecanismos del crédito fiscal, porque su “preparación” no ha sido la adecuada, y por ende han obtenido magros puntajes en la Prueba de Selección Universitaria (PSU). Sin embargo, el mercado educativo no los margina completamente, les brinda otra alternativa: los Institutos Profesionales y los Centros de Formación Técnica, que ofrecen carreras cortas de dos años. Cientos de miles de jóvenes obtienen cada año un “cartón” en estos institutos y se transforman en cesantes medianamente ilustrados. Los empresarios responsabilizan de esa situación a la mala calidad de la educación recibida. Por eso, la rebelión de las y los estudiantes secundarios es la demanda de parte de los que asisten a la escuela mercantilizada para que los eduquen y los preparen para ser ganadores. ¿Se trata de la protesta de los clientes o de los estudiantes?

La “rebelión de los pingüinos”

La rebelión de los estudiantes secundarios chilenos que remeció las estructuras políticas de la democracia neoliberal tuvo su punto de partida en un conjunto de demandas puntuales y terminó exigiendo la derogación de la LOCE. Es decir, el movimiento estudiantil, en poco menos de un mes, saltó de una demanda mínima a una demanda máxima: la transformación del sistema educativo neoliberal. Es posible que en este salto se encuentre la explicación del éxito político obtenido por la protesta; pero también entraña el desafío más importante del movimiento estudiantil secundario chileno. De no lograrlo, el movimiento habrá fracasado. Tengamos presente que el gobierno concertacionista respondió satisfactoriamente a la mayoría de las demandas iniciales de los estudiantes y conformó el Consejo Asesor Presidencial para la Calidad de la Educación, integrado por 81 personas representativas de la mayoría de las sensibilidades culturales y políticas nacionales, con el objetivo de dar respuesta a la demanda mayor⁵.

La movilización estudiantil de los jóvenes secundarios posee un conjunto de aspectos relevantes para el análisis de los movimientos sociales y la protesta política en las sociedades neoliberales avanzadas como la chilena. Fundamentalmente, porque se trata de un movimiento social y político novedoso e innovador en la forma y en el fondo, pero también diverso e incluso contradictorio.

En primer lugar, responde a la conflictividad propia de las sociedades neoliberales entre actores y sujetos que se encuentran simultáneamente en el mercado (sistema educativo), la sociedad civil (organizaciones estudiantiles secundarias, Colegio de Profesores, Asociaciones de Padres y Apoderados, etc.) y el Estado (gobierno, Ministerio de Educación, Parlamento, partidos políticos, etc.). En esa dirección, se trata de una acción colectiva de protesta dirigida tanto al Estado como al mercado desde la sociedad civil en movimiento. De allí que dar solución a la demanda principal de los estudiantes, la derogación de la LOCE, supone modificar sustantivamente tanto la acción del Estado como, principalmente, la del mercado. La problemática de fondo es concebir a la educación como un “derecho” o como un “servicio”.

En segundo lugar, el movimiento secundario posee una composición social y política heterogénea. En él se aglutinan todas y todos los estudiantes del país, especialmente los que estudian en el sistema municipalizado y en el particular subvencionado. En él participan activamente los estudiantes de los mejores colegios y liceos, así como los de los más pobres y deficitarios de todas las regiones. Los alumnos están organizados en la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES); tienen voceros rotativos que responden directamente a la asamblea de representantes, y practican la democracia directa y la representación por mandato. La ACES posee una fuerte vocación civil e iden-

tividad estudiantil. Ante todo son estudiantes secundarios, aunque muchos de ellos son militantes de partidos políticos u otro tipo de organizaciones políticas que defienden e imponen la autonomía del movimiento ante cualquier injerencia externa. La clase política y los partidos políticos tradicionales se han visto totalmente superados por esta nueva forma de hacer y construir política democrática.

En tercer lugar, la protesta social y política de los estudiantes, dirigida desde la sociedad civil tanto al mercado como al Estado, es también una interpelación a la sociedad civil adulta, en la medida en que ésta ha abandonado la construcción del futuro y se ha dedicado a vivir hedonistamente el presente neoliberal. Las y los jóvenes quieren ser sujetos de su propia historia y constructores de la sociedad en la que quieren vivir. El neoliberalismo, como es sabido, ha destruido tanto el pasado —es mejor vivir sin memoria— como el futuro —las utopías no existen. La realización del sujeto está dada por vivir intensamente el tiempo presente. Por eso los jóvenes, compelidos a ser exitosos en una sociedad de consumo, huyen de ella y buscan en organizaciones sociales culturales colectivas, como los Okupas u otras, un espacio libertario al margen del Estado y el mercado para realizarse como seres humanos plenos. Un sector significativo de los estudiantes movilizados manifestaron y expresaron el deseo de construir una nueva sociedad: igualitaria, libertaria, solidaria. Es claro que una demanda de este tipo no se resuelve modificando la LOCE, haciendo más eficiente la Jornada Escolar Completa o sacando la administración de la educación de las manos de los municipios. Estos grupos juveniles expresaron una rebelión mayor y más profunda. Ellos demandan la transformación total y completa del sistema social imperante, no sólo del sistema educativo. Este grupo constituye el sector más radical pero minoritario del movimiento.

En cuarto lugar, la protesta de los estudiantes secundarios expresó en forma mayoritaria su molestia y descontento con un sistema educativo que no los prepara en forma óptima para ser parte de la sociedad neoliberal avanzada. Ello explica su demanda de una mejor calidad de la educación. El presidente del Centro de Alumnos del Liceo de Aplicación, uno de los establecimientos más emblemáticos del movimiento que permaneció tomado por los estudiantes durante un mes, señaló lo siguiente en relación al problema que dio origen a la protesta estudiantil y la violencia que se desató en las movilizaciones: “la sociedad ve sólo la violencia de un día de protesta callejera y no ve la violencia de no poder seguir estudiando, la incertidumbre de poder o no llegar a ser profesional, la duda de si el título profesional va servir para algo”. Esta declaración expresa la incertidumbre que tienen las y los jóvenes secundarios sobre la eficiencia de la educación que están recibiendo, y la utilidad práctica de “estudiar” en un mundo tan cambiante e incierto como el actual. En el fondo hay una demanda de protección, de que alguien les asegure el futuro. Para algunos debe hacerlo el Estado, para otros la sociedad civil adulta o ellos mismos en forma colectiva. No tienen certeza respecto

“La demanda reiterada por parte de las y los estudiantes de que el Estado tenga un rol más activo y protagónico en el proceso educativo es la manifestación más clara y rotunda del fracaso del mercado como asignador de recursos educativos”

de quién debe asumir la responsabilidad, pero con toda seguridad no es el mercado.

La demanda reiterada por parte de las y los estudiantes de que el Estado tenga un rol más activo y protagónico en el proceso educativo es la manifestación más clara y rotunda del fracaso del mercado como asignador de recursos educativos. El reclamo de más Estado presenta dos posturas al interior del movimiento. Por un lado, están aquellos que sostienen que todo debe volver al Estado y que el mercado tiene que desaparecer o reducirse a su mínima expresión; son los “estadistas”. Otro sector, en cambio, acepta la actual estructura educativa neoliberal, pero demanda del Estado mayor regulación, control y fiscalización de la acción educativa, así como de los recursos que se entregan, vía subvención, a los particulares y a los municipios; son los “estadistas regulacionistas”. Estas dos posturas se han trasladado al interior del Consejo Asesor Presidencial. De acuerdo con los principios que se estipulan en el primer informe entregado a la presidenta, la postura predominante ha sido la de los “estadistas regulacionistas”. En otras palabras, la tendencia sería seguir “gobernando” el mercado y no la sociedad.

En quinto lugar, con la protesta de los estudiantes secundarios las y los jóvenes “descubrieron” la política y –como diría el permanentemente joven Gramsci– la grandiosidad del “Estado” y, especialmente, las potencialidades políticas de la democracia. Pero no cualquier “Estado”, ni cualquier “democracia”, ni cualquier “política”. El estado con responsabilidad social, la democracia directa y la política construida por todos. Esta primera generación de jóvenes del siglo XXI se diferencia de las y los jóvenes de los noventa, famosos por su “no estar ni ahí”, frase que manifestaba su falta de compromiso e indiferencia –principalmente con lo político– y que a su vez reflejaba el grado de internalización alcanzado por el individualismo y el conformismo en la sociedad chilena. Muchos adultos aplaudieron esta actitud indiferente, pues así la política sería sólo una cuestión de ellos, y la juventud con sus actitudes iracundas y

apasionadas no se involucraría en sus querellas y pugnas. Esta automarginación política contribuiría a la gobernabilidad y al mantenimiento, ampliación y profundización de la sociedad neoliberal triunfante.

La rebelión de los estudiantes secundarios abrió un gran boquete social, político y cultural al interior de la sociedad neoliberal. Entre abril y junio del año en curso, el movimiento convulsionó y quebró la “pax neoliberal”. Fue el primer “reventón” histórico-político del siglo XXI, y lo más seguro es que no sea el último. Al momento del cierre de este artículo, cientos de jóvenes están reunidos en sus colegios de Chile, en Asamblea, estudiando y analizando el Informe que la Comisión entregó a la presidenta el viernes 29 de septiembre de 2006. Una etapa del movimiento ha concluido.

Notas

- 1 El presente texto es una versión resumida del artículo original que puede consultarse en la sección “Análisis y debates” de la página web del OSAL <<http://osal.clacso.org>>.
- 2 Representada por la Unión Democrática Independiente y Renovación Nacional.
- 3 Representada por los partidos políticos que integran la Concertación: Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista de Chile, Partido por la Democracia y Partido Radical Social Demócrata.
- 4 En su versión demócrata cristiana –gobiernos de Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz Tagle– y en su versión socialista –gobiernos de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet.
- 5 El día 29 de septiembre el Consejo hizo entrega a la presidenta del primer Informe de Avance.